

habían adoptado reglamentos y una organización militares. Blanqui, más que ningún otro, excitaba á la acción.

Luis Blanc deseaba también otra manifestación popular. Después de haber entrado en el Luxemburgo con vastísimas esperanzas, se agitaba cada vez más en el vacío, imposibilitado de realizar ninguna de sus promesas. El papel de la Comisión del Luxemburgo se reducía á conciliar algunas dificultades entre patronos y obreros, á apaciguar algunas huelgas, á velar por la ejecución del decreto que disminuía las horas de trabajo y abolía el regateo, á preparar un proyecto de ley para la reglamentación del trabajo en las cárceles, conventos y orfanatos. Bajo el patronato del Luxemburgo, se habían constituido asociaciones de obreros de diferentes oficios, pero con tan poco éxito que parecían destinadas á desaparecer pronto. Convencido de su impotencia en el dominio económico, Luis Blanc quería tomar su revancha en el terreno político. Como la manifestación de 17 de marzo había fracasado, había que reproducirla pronto y conducirla esta vez á buen término.

La actitud de Caussidière tampoco era tranquilizadora. Irritadísimo contra el alcalde de París, Sr. Marrast, que trataba de establecer una policía paralela á la suya, esquivo á toda superioridad jerárquica, estaba en inteligencia con el jefe del partido radical. El *Club de los clubs* se hallaba instalado en el local de la calle de Rívoli donde Sobrier había sentado sus reales, y allí se redactaba el periódico *La Commune de París*, el cual, gracias á la complicidad de Esteban Arago, era enviado libre de franqueo á los departamentos (1). Caussidière consideraba insuficiente la manifestación del 17 de marzo, y estaba dispuesto á apoyar otra. Lo único que le detenía era el temor de asegurar el triunfo á Blanqui, que le detestaba y á quien él aborrecía.

Sin ejército, sin policía segura, en lucha con los clubs, dividido en su propio seno, el gobierno provisional, sin embargo, no se acobardaba. Lamartine, Marrast y Marie buscaban aliados para rechazar el próximo asalto.

Lamartine envió un agente secreto al general Negrier y obtuvo de éste una promesa de ayuda en caso de peligro. Se ocupaba en la organización de los trescientos batallones departamentales de la guardia nacional. Fian-do en su prestigio personal, entabló relaciones con los jefes de la demagogia, Raspail, Cabet, Barbés y Sobrier. El mismo Blanqui fué introducido, una mañana de abril, en el ministerio de Negocios extranjeros (2). A decir verdad, estas medidas revelaban un espíritu más quimérico que sagaz. El general Negrier estaba muy lejos. La organización de los batallones departamentales era cosa larga. Las entrevistas con los jefes de los clubs fueron á menudo más perjudiciales que útiles. Algunos de estos jefes se aprovechaban de la credulidad ó de la vanidad del poeta para asegurarse su protección. Así hacía Sobrier, á quien Lamartine, engañado, protegió durante mucho tiempo y á quien aseguran que hizo entregar armas (3).

(1) *Enquête parlementaire*, tomo I, págs. 186, 195, 316.

(2) Lamartine, *Revolución de 1848*, tomo II, págs. 216, 229.

(3) *Enquête parlementaire sur l'attentat du 15 mai et l'insurrection de juin* (información parlamentaria sobre el atentado de 15 de mayo y la insurrección de junio), tomo I, págs. 66, 143 y 144.

Afortunadamente Marrast era tan práctico como Lamartine lo era poco. Desconfiando con razón de Caussidière, trató de crear una policía especial dependiente sólo de la Alcaldía de París. Como el ejército aún no había vuelto á la capital y los cuerpos armados de la Prefectura no eran nada seguros, procuraba reforzar todo lo posible la guarda del Hotel de Ville. Activaba la organización de la guardia móvil: á primeros de abril ya había dos batallones dispuestos á marchar. ¿Qué haría esta tropa? No se sabía aún; lo que no se ignoraba era que su jefe, el general Duvivier, estaba irritadísimo contra el ministro del Interior y la comisión del Luxemburgo, á quien imputaba el retraso con que se procedía al equipo de sus hombres. Marrast era más apto que nadie para explotar aquel descontento. El alcalde de París visitaba con frecuencia las alcaldías de distrito y hacía entrever á los nuevos oficiales de la guardia nacional el día no remoto en que tendrían que defender, además de la propia República, el orden y la sociedad.

Por su parte Marie, ministro de Obras públicas, visitaba los talleres nacionales. Era de temer que estos talleres, que habían reclutado ya más de sesenta mil trabajadores, aportasen un contingente decisivo á la causa del desorden. Pero se contaba con cierto antagonismo existente entre ellos y la comisión del Luxemburgo. Los hombres del Hotel de Ville se aplicaron á desarrollar aquel antagonismo.

Como en la víspera del 17 de marzo, había dos partidos enfrente uno de otro. Por un lado Luis Blanc, Caussidière, Blanqui y demás jefes de club; por otro lado la mayoría del gobierno provisional. Ledru-Rollín permanecía en la indecisión, y cada uno de los dos partidos se lo disputaba, pues su renombre, su importancia y el ministerio de que disponía podían asegurar la victoria al partido que contase con él.

Pero se acercaba la época de las elecciones, el ejército iba á volver á París, la guardia nacional acababa de reorganizarse, y, sin esperar la adhesión de Ledru-Rollín, los conjurados entraron en campaña.

El general Courtais había concebido la idea de introducir en su Estado mayor catorce oficiales pertenecientes á la clase obrera y elegidos por sus camaradas. Esta decisión sirvió de pretexto para la manifestación proyectada. Los delegados del Luxemburgo resolvieron convocar al pueblo en el Campo de Marte para el domingo 16 de abril á fin de proceder á la elección. Verificada ésta, las corporaciones habían de llevar al Hotel de Ville una ofrenda patriótica y exponer sus pretensiones. Tal era el programa oficial de la demostración. Los jefes del partido demagógico se reservaban el desviarla de su objeto aparente é imprimirle una fuerza bastante irresistible para poder intimidar, modificar ó derribar al gobierno.

Luis Blanc y Albert anunciaron la manifestación al consejo de ministros el día 14 de abril. Esta comunicación asustó un poco al gobierno. La conspiración debía ser muy poderosa cuando se atrevía á anunciar abiertamente sus proyectos. Al día siguiente, Lamartine pidió 150.000 francos de fondos secretos; Flocón insistió porque fuese mantenida la integridad del gobierno; después de lo cual los ministros se separaron, los unos pensando en defender la sociedad y los otros casi

dispuestos á conspirar contra el poder de que formaban parte.

Al salir del consejo, Lamartine y sus colegas pudieron ver, fijado en las esquinas, el *Boletín de la República*, periódico redactado en el ministerio del Interior. Este boletín empezaba con un verdadero llamamiento á las facciones, proponiendo que se aplazaran las elec-

Convencidos de que la manifestación era inevitable, Marrast, Marie y Lamartine resolvieron aprovechar la noche que les quedaba. Marrast mandó organizar guardias voluntarias en las alcaldías. Lamartine envió emisarios á los arrabales. Marie se entendió con el director de los talleres nacionales, Emilio Thomás, á fin de que los obreros fuesen desviados de la manifestación; en



Jorge Sand (Amandina Dupin, baronesa Dudevant). Copia del cuadro de A. Charpentier

ciones, á fin de diferir «las decisiones de una falsa representación nacional...» Más tarde se supo que este boletín famoso escapó á la intervención del ministro y de su camarilla (1). Pero se ignoraba entonces esta circunstancia, y el violento libelo fijado en las esquinas y revestido de la estampilla ministerial pareció á todos una prueba nada equívoca de los sentimientos de Ledru-Rollín.

(1) La dirección del boletín había sido confiada al jefe del gabinete del ministro del Interior, Elías Regnault. Habiendo sido éste llamado al lado de su madre, gravemente enferma, no revisó el primer artículo del número de 15 de abril, obra de Jorge Sand, y sin leerlo lo llevó á la imprenta. De ahí aquella publicación sensible que tan viva emoción causó. (Elías Regnault, *Histoire du Gouvernement provisoire*, pág. 285.)



letra los discursos que en ellos oían, enviaban los informes más alarmantes. La ansiedad era tal, que Lamartine, pronto, como todos los hombres de imaginación, al abatimiento como á la esperanza, redactó su testamento cual si el día siguiente hubiese de ser el último de su vida.

Mientras tanto, los hombres de desorden no permanecían inactivos. En las reuniones de casa Sobrier se había formado la lista de un comité de salvación pública. El periódico *La Commune de París* publicó el programa de la manifestación. Hacíase gran acopio de fusiles y municiones en la prefectura de policía y en la casa de la calle de Rivoli. Bajo los auspicios de la Comisión del Luxemburgo se habían preparado estandartes con esta inscripción: *Abolición de la explotación del hombre por el hombre*. El Club de los clubs se declaró en sesión permanente. Lo único que temían los conjurados era trabajar para Blanqui. A fin de evitar los últimos excesos, muchos manifestantes deseaban que, una vez realizada la empresa, se prendiese á Blanqui.

En tanto que en uno y otro campo se realizaban los últimos preparativos, ¿qué hacía Ledru-Rollín? Solo en el ministerio del Interior, repasaba en su espíritu los consejos contradictorios que sus amigos de uno y otro bando le habían prodigado aquellos días. Las instancias de Julio Favre, Landrín y Flocón le habían impresionado profundamente. ¿Podía combatir á sus colegas? Y si les combatía, ¿saldría victorioso? Y si salía victorioso, ¿no le escaparía en seguida la victoria? Al promediar la noche, Flotte se presentó en el ministerio para tratar con Ledru-Rollín en nombre de Blanqui, y entonces el ministro pareció de pronto decidirse por el partido del orden, por cuanto se negó á recibir al negociador. A sus ojos, Blanqui era la imagen de la República sanguinaria, y él la rechazaba. Sobrier fué á su vez al ministerio, sin conseguir nada tampoco. «Entonces, dijo al ministro, si no queréis marchar con nosotros, seréis arrojado por el balcón con los demás (1).» Avergonzado de semejantes alianzas, irritado de tales provocaciones, Ledru-Rollín tomó al fin una resolución. El 16 de abril, entre diez y once de la mañana, presentóse en casa de Lamartine y se puso á su disposición.

Era hora. Desde por la mañana, los grupos afluían al Campo de Marte, punto de partida de la manifestación. Una vez allí, se agrupaban en torno de sus banderas, plantadas en el suelo; varios oradores peroraban al aire libre y numerosos cuestores recogían ofrendas. Blanqui iba y venía, distribuyendo sus folletos, alentando y disciplinando á sus amigos. Para excitar los ánimos, se propalaban rumores siniestros; decíase que Luis Blanc y Ledru-Rollín habían sido asesinados. A decir verdad, los obreros de los talleres nacionales, bajo la influencia de los alumnos de la Escuela central, se inclinaban á las resoluciones moderadas; muchos hasta hablaban de retirarse. Pero si todo anunciaba que la demostración sería menos numerosa que la del 17 de marzo, todo anunciaba también que sería más compacta, más resuelta, más amenazadora y que tendería nada menos que á derribar á una parte del gobierno. El cortejo había de llegar al Hotel de Ville á las dos de la tarde.

(1) *Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 322, declaración de Marrast.

Al ver llegar á su colega, Lamartine no vaciló: «Una sola medida urge tomar, le dijo: tocar llamada y ahogar la insurrección en las oleadas de la guardia nacional. Si acuden al llamamiento, estamos salvados.» No había un instante que perder. El ministro del Interior se fué á la explanada de los Inválidos, donde el general Courtais y Marrast procedían al reconocimiento de los oficiales nuevamente elegidos, y dió la orden general de tocar llamada. Lamartine fué á toda prisa al Estado mayor de la guardia móvil é hizo poner á la disposición del gobierno todos los batallones ya organizados. Y como faltaban cartuchos, corrió á buscarlos al Estado mayor de la guardia nacional. Allí encontró disposiciones sospechosas entre los oficiales, muchos de los cuales estaban afiliados á la *Sociedad democrática central*. Estos fingían no creer en el movimiento, repitiendo que la reunión de la guardia nacional no era oportuna ni necesaria. Lamartine insistió para que se tocara llamada inmediatamente, después de lo cual se fué al Hotel de Ville, donde había de decidirse la suerte de la jornada.

Allí encontró un auxiliar muy inesperado. Era éste uno de los generales más distinguidos del ejército de Africa y uno de los soldados cuyo nombre habremos de citar con frecuencia en lo sucesivo: el general Changarnier. Nombrado recientemente embajador en Berlín y hallándose de paso en París, el general Changarnier se había presentado cerca de las once y media en el ministerio de Relaciones extranjeras para pedir á Lamartine instrucciones relativas á las cuestiones del Holstein. No encontrando al ministro, se había avistado con el secretario: «Buenos estamos para ocuparnos del Holstein, había contestado éste; á estas horas quizás ha sido derribado el gobierno (2).» La señora de Lamartine, que entró en el despacho, suplicó al general que se avistase con su marido y le ayudase con su experiencia. Changarnier se fué al Hotel de Ville, donde llegó al mismo tiempo que Lamartine.

Todos los que vieron entonces al general Changarnier hicieron justicia á su energía, á su prontitud de golpe de vista y á su sangre fría. Asumiendo el mando militar, recorrió todo el edificio, distribuyó los cuerpos de guardia y penetró las disposiciones de los hombres. Luego, bajo su inspiración y casi bajo su dictado, Marrast escribió las órdenes para el general Duvivier, diciéndole que tuviese dispuestos sus batallones y que, cuando los manifestantes se hallasen en los muelles, lanzase dichas fuerzas por las calles perpendiculares al río, á fin de cortar el cortejo en varios trozos. Mientras tanto, enviábanse nuevas órdenes á los distritos para que se tocara llamada. Arago, ministro de la Guerra, se instaló en la octava alcaldía, á fin de poder despejar el Hotel de Ville en caso de ser invadido.

Eran más de las dos, y aunque se oía el toque de tambores en lontananza, por ninguna parte aparecía la guardia nacional. El cortejo hacía tiempo que había partido del Campo de Marte.

De pronto la décima legión desembocó del puente de Arcola y tomó posición en la plaza. El general Duvivier lanzó sus guardias móviles por las calles perpendiculares á los muelles, y aquellos jóvenes batallones

(2) *Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 260, declaración de Changarnier.

cortaron en varios puntos el cortejo. Al mismo tiempo, las legiones afluyeron de todas partes á la plaza de la Greve. El propio Barbés llegó á caballo al frente de la duodécima legión. Los manifestantes no podían retroceder, porque tenían detrás á la guardia móvil, ni podían avanzar, porque la guardia nacional llenaba la plaza. Los trozos cortados se agitaban entre las legiones que por todas partes les acorralaban. En pocos minutos, por el más increíble de los cambios de decoración, las cosas habían tomado un nuevo aspecto. La causa del orden triunfaba sin combate.

Luis Blanc y Albert se habían enterado con estupor de las resoluciones de Ledru-Rollín: al oír tocar llamada, había aumentado su inquietud: llegaron al Hotel de Ville y prorrumpieron en amargas quejas: apenas se les escuchó, tanto habían cambiado las circunstancias. Lo más que obtuvieron fué que la guardia nacional les abriese paso, dejándolos llegar al Hotel de Ville. Los delegados de las corporaciones desfilaron, más bien como prisioneros que como intérpretes de las pretensiones populares, por entre las apretadas filas de las legiones. Leyeron su petición: «El pueblo quiere, decían, la República democrática; el pueblo quiere la abolición de la explotación del hombre por el hombre; el pueblo quiere la organización del trabajo por la asociación.» Edmundo Adam contestó en términos de un severo laconismo á aquellas imperiosas intimaciones. Y desde fuera, la guardia nacional dió á los clubistas una contestación todavía más terminante: «¡Abajo los comunistas!» Tal fué el grito que repercutió en la plaza y se propagó de allí á todos los barrios de París, repetido por millares de voces hasta muy entrada la noche.

La victoria era completa; tan completa que los jefes de la demagogia resolvieron negar el movimiento y desautorizarlo. Pero el gobierno del Hotel de Ville se asustaba tanto de sus triunfos como de sus derrotas. Apenas hubo escapado al miedo de los proletarios, cuando cayó en el miedo de los burgueses; hubiérase dicho que su éxito le estorbaba. Al día siguiente publicó un manifiesto diciendo que la jornada anterior no había hecho más que añadir una consagración nueva á lo que había inaugurado la jornada de 17 de marzo.

La burguesía pagó el gasto de la victoria por ella alcanzada. Un decreto de 18 de abril abolió los derechos de consumos sobre la carne y anunció una modifica-

ción de los derechos de consumos sobre los vinos. «Estos derechos, decía el decreto, serán reemplazados: 1.º, por una tasa especial y progresiva sobre los caseros é inquilinos de habitaciones de más de ochocientos francos de alquiler; 2.º, por un impuesto suntuario sobre los perros, los coches de lujo y los criados (1).» Para completar estas medidas, se estableció un impuesto de uno por ciento sobre los créditos hipotecarios. Y el ministro hizo observar que dichos decretos no eran más que el preludio de reformas más radicales. Es más. Cuando el general Duvivier, al frente de la guardia móvil, y el general Changarnier, en el Hotel de Ville, acababan de salvar el orden amenazado, se creyó oportuno herir al ejército dando prematuramente el retiro á sesenta y cinco generales. Cuando la acción de la justicia era más necesaria que nunca para prender y castigar á los culpables, creyóse prudente declarar «el principio de la inamovilidad de la magistratura incompatible con el gobierno republicano,» y conferir al ministro del ramo «el derecho de suspender ó revocar á los magistrados (2).» En cambio, no se hallaban términos bastante expresivos para ensalzar á los clubs que tanto miedo habían dado. Se quiso exceptuar á Blanqui de la universal indulgencia; pero fué revocada, apenas extendida, la orden de prisión que contra él se había firmado.

Después de tales servicios, los dictadores del Hotel de Ville creyeron llegado el momento de subir al Capitolio y dar las gracias á los dioses. Anuncióse para el 20 de abril una gran fiesta que en el lenguaje enfático de la época fué llamada *la fiesta de la fraternidad*. Aquel día, los miembros del gobierno provisional, agrupados al pie del arco de la Estrella, asistieron al inmenso desfile de las legiones de la guardia nacional y de las diputaciones del ejército, y cada cuerpo recibió de manos de aquéllos su bandera. Con tal motivo, entraron cinco regimientos en París y en él se quedaron.

A pesar de su incurable inexperiencia, el gobierno provisional no hizo completamente estéril la enérgica represión del 16 de abril. Aquella victoria del partido del orden tuvo un doble resultado: enseñar á las personas honradas á no contar más que consigo mismas, y asegurar las elecciones.

(1) *Monitor*, pág. 859.

(2) *Monitor*, pág. 865.